

SABATO: SINTESIS ENTRE LA GEOMETRIA Y LA SELVA

Leer a Sábato es, en cualquier caso, una empresa apasionante. Resulta difícil evitar el intentar condensar en un puñado de frases la impresión primera que un hombre como él (Sábato es más hombre que autor) deja en su lector, y yo, por supuesto, no he sabido oponerme a la tentación de hacerlo. Es por eso que quiero empezar estos folios intentando una introducción a Ernesto Sábato, una introducción dictada por el corazón. Posteriormente intentaré también discutir a Sábato una visión específica que él tiene sobre la mujer en un libro suyo fundamental, pienso, para comprenderle: *Heterodoxias*.

UN AMANTE DEL HOMBRE

Humanista radical, anarquista, nihilista, reaccionario, contradictorio, caótico, disperso, vitalista, agónico, sarcástico, existencialista, grandilocuente, rabioso, apasionado, todos estos y más adjetivos se han vertido desde hace treinta años sobre la obra literaria de un solo hombre, sobre Ernesto Sábato, algo que nos resume una idea fundamental a la hora de enfrentarnos con su personaje y su obra, con su forma privada de exorcisar y con su vida: la idea de que lo que dice Sábato, lo que piensa y lo que escribe, no nos puede dejar nunca indiferentes.

En una entrevista reciente, Sábato afirmaba que la razón no sirve para explicar casi nada, fuera del Teorema de Pitágoras y cosas así. A mí lo que más me ha impresionado siempre de este hombre es su afán, su amor desmesurado por lo irracional, por las fuerzas desmedidas, naturales y antinaturales que nos gobiernan o nos destrozan, y por su encendida defensa de ellas; me maravilla aún más sabiendo lo mucho que Sábato debe a su inicial vocación y preparación científica.

Utópico desalmado, como todos los utópicos que sólo nos dejan entrever una parcelita de su maravillosa irrealidad, ha sabido Sábato grapar en sus obras al hombre concreto, abandonado al caos y raramen-

te salvado siquiera por el amor. Espiritualmente desesperado, llega a la novela, a escribir, por una necesidad de salvarse de sí mismo, y hemos de agradecerle vivamente que esa afanosa necesidad no se haya permutado luego en vocaciones mesiánicas: su literatura expone los problemas, plantea las hipótesis, pero evita ofrecer las soluciones.

Aplastado siempre por el insufrible peso de sus fantasmas, toda la obra de Sábato me recuerda a todas las películas de Luis Buñuel, ambas cosas son un desfile, desde una mirada airada, asustada y compasiva; de espectros viejos y nuevos, anclados desde siempre, desde antes de nacer, en el corazón, y otros recién llegados.

El autor, al escribirlos y describirlos, intenta librarse de ellos, sabiendo incluso de antemano que el intento será perfectamente inútil, por mero espíritu de supervivencia. Llega a parecerme incluso como si Sábato no supiera nunca con certeza quiénes y cómo son los espectros que le nutren, e intentara descubrirlos a la desesperada, entre la fragosidad de sus propias palabras. Así la obra resulta una búsqueda perenne y también un goteo continuo y desolador de prejuicios, miserias y felicidades de las que parece preciso defenderse.

Hasta tal punto llega esta obsesión en Sábato que en *Abaddón, el Exterminador* él mismo se retrata, en algo que es más que un mero intento autobiográfico. Es él, él mismo, su peor y más reconocido fantasma, y allí se desnuda e intenta derrotarse, en medio de un tierno, patético grito.

Y todo este proceso convulsivo, Sábato lo arroja a las cuartillas utilizando un tono así simbólico y desgarrado no obstante, emocionado y esencial, hociendo siempre entre las brumas de lo inteligible. Esta necesidad de hablar así lo es por su honradez a ultranza: Ernesto Sábato pinta al mundo y sus cosas como las ve, escribe sobre los hombres que siente y se remueven en ese mundo y sus cosas. Nada se detiene, nunca, y sus palabras toman impulso y lanzan a los personajes a un vitalismo, a un no-poder-dejar-de-hacer, casi desesperado, torturante, tal vez también gratificante. Un tumulto no obstante que él siempre trata con un puntilloso rigor de maestro de escuela, intentando sintetizar la geometría y la selva.

Amante del hombre, en especial de aquellos que él supone habitantes del «margen de la página», que viene a ser a su juicio la página toda, Sábato aboga, siempre ruidosamente, por una revolución total que sitúe a la especie en una revaloración de su unidad primigenia. Una revolución, como él dice, que no puede ser sino romántica. En ella sitúa los puntos de partida para el futuro de la Humanidad. Absolutamente consciente de que todo esto que vivimos, todo este relleno de catafalcos no conduce más que a la nada o a algo peor que la

nada, Sábato exige que todos nos demos cuenta de que lo más importante, lo primero, lo esencial, es la consideración de nuestra individualidad y del hecho individual de todos los demás. En ello, pienso, sitúa nuestro autor todas sus esperanzas en el hombre.

También Ernesto Sábato ha comprendido como pocos el valor de las palabras, la fuerza del lenguaje. Empeñado en una lucha que acabará cuando se muera con las palabras, tiene el valor de romper casi todo lo que escribe, enamorado de la sencillez, de la simplicidad, no puede no obstante hacer otra cosa que romper a hablar con desmesura. La soledad, Dios, la lengua, la historia, la mujer, el amor... son sus temas, son sus materiales.

Hemos aprendido de Sábato. Supongo que hace falta haber llegado a su edad, a su conocimiento profundo de las cosas, a su profunda humilde sabiduría, a su capacidad de amor por el hombre y por todo lo que este acaricia, para conocer dos verdades, por ejemplo dos verdades, que para él son fundamentales: una, que no se puede negar taxativamente la existencia de Dios, otra, que la Historia es, finalmente, un campo de batalla donde pelean dos viejos conocidos, inevitablemente necesitados de su mutua complementariedad y eternamente enemigos: el Bien y el Mal. ¡Sábato te llega a convencer de la inteligencia del Maniqueísmo!

Termino ya con esta introducción, pero antes quiero tocar, siquiera brevemente, un tema que a Sábato le duele desmesuradamente y que pienso es central en su obra y su vida: la soledad.

Quizá Sábato ha combatido siempre la soledad ahogándola en palabras, ocultándola tras palabras, pero ella, humildemente, rencorosamente, no se deja atrapar ni tapar, y siempre asoma su jeta descolorida en todas las obras de Sábato. Sabe nuestro autor que a esa omnipresente, a la que él ha llamado también subjetividad total, sólo es posible derrotarla con un ataque combinado de tres guerreros: la emoción, el amor y el arte, tres cualidades propias de la mujer pero que también posee el hombre. Así, del amor, forma mágica que él dice, y casi perfecta, de comunicación, nace la huida hacia adelante de la soledad. Se debate Sábato siempre en intentos desesperados para comprender la soledad, para aprehenderla y por último derrotarla. Lo procura todo, sí, Se acerca y rechaza la mujer —el amor—, y dice, citando a Baudelaire, que ella es, al tiempo, pecado e infierno. Siendo Castel, el protagonista de *El túnel*, ese agotado solitario asesina a la que ama para poseerla, comprendiendo demasiado tarde que la muerte del ser amado es el fin de toda posibilidad de recibir amor, ya que para que los sentimientos del hombre se desarrollen es preciso que